

Procesos de integración e identidad cultural en el Caribe

Pablo A. Mariñez*

Recibido: 12/02/2010

Aceptado: 27/02/2010

RESUMEN

El desarrollo cada vez mayor de nuevos bloques económicos como consecuencia del fin de la Guerra Fría, y la ruptura del mundo de la bipolaridad, ha llevado a los países del Caribe a seguir con suma atención los nuevos escenarios posibles de integración que les permitan una mejor articulación con dichos bloques. Balcanizado como lo ha estado hasta ahora, el Caribe carecería de fuerza y capacidad de negociación ante los bloques económicos con los cuales decida establecer algún nivel de integración. El Caribe no ha logrado alcanzar, para tales fines, una dimensión superior, en términos de identidad cultural, como lo es la de la “caribeñidad”, fenómeno de carácter regional que lograría superar la diferencia de sus componentes subregionales y nacionales a la vez, para poder encontrar nuevos escenarios de integración.

Palabras clave: El Caribe, Balcanización, procesos de integración, «caribeñidad».

Processes of integration and cultural identity in the Caribbean

ABSTRACT

The increasing development of new economic blocs following the end of the Cold War and the breakup of the bipolar world, has led the Caribbean countries to follow very carefully the new integration scenarios. The region has been

* Catedrático de la Universidad de Chile. E-mail: pama@servidor.unam.mx

Balkanized, so devoid of strength and bargaining power with economic blocs. The search for new schemes integration into new joint blocks, such as those faced today are called to consider the new transformations and mutations of identities in the Caribbean, which cannot be neglected because of the implications that could have for the future of the region. The Caribbean has not been achieved, for such purposes, a higher dimension, in terms of cultural identity, like that of the «Caribbeanness» regional phenomenon that succeed do to overcome the difference of their components and sub-national meet new integration scenarios.

Key words: The Caribbean, Balkanization, integration processes, “Caribbeanness”.

El desarrollo cada vez mayor de nuevos bloques económicos como consecuencia del fin de la Guerra Fría, y la ruptura del mundo de la bipolaridad, para entrar en uno de carácter multipolar y de una economía de globalización, ha llevado a los países del Caribe a seguir con suma atención los nuevos escenarios posibles de integración que les permitan una mejor articulación con dichos bloques. El proceso no resulta nada sencillo, en tanto que el Caribe, a pesar de contar con una amplia y rica experiencia integracionista, es una región que por sus propias características geográficas, de producción, de comunicación, y por el complejo desarrollo de sus identidades culturales y nacionales, está llamada a realizar cambios considerables si se propone alcanzar un proceso de integración global, como Cuenca del Caribe, y no únicamente de una de sus subregiones. Balcanizado como lo ha estado hasta ahora, el Caribe carecería de fuerza y capacidad de negociación ante los bloques económicos con los cuales decida establecer algún nivel de integración.

Sin embargo, las fronteras simbólicas del lenguaje que delimitan las diferentes identidades culturales subregionales se han expresado en las experiencias integracionistas que hasta ahora ha conocido la región. El Caribe no ha logrado alcanzar, para tales fines, una di-

mencción superior, en términos de identidad cultural, como lo es la de la “caribeñidad”, fenómeno de carácter regional que lograría superar la diferencia de sus componentes subregionales y nacionales a la vez, y que está compuesto por rasgos que permiten al caribeño, independientemente del país al que pertenezca, reconocerse como integrante de una región con dimensiones culturales homogéneas, que superan la heterogeneidad existente. Si el Caribe pretende alcanzar una integración global, como Cuenca, tendrá que recurrir a esta dimensión de identidad regional.

Sin que haya sido un objetivo de los procesos integracionistas que hasta ahora se han desarrollado, éstos, sin embargo, han estado estrechamente vinculados a las transformaciones y mutaciones de identidades que ha conocido la región en las últimas décadas. Con tales antecedentes, no sería nada extraño que la búsqueda de nuevos esquemas de integración, y la articulación a nuevos bloques, como los que se plantean en la actualidad, estén llamados a desarrollar nuevas transformaciones y mutaciones de identidades en el Caribe, que no se podrán descuidar por las implicaciones que podrían tener para el futuro de la región.

1. Economía de plantación y procesos de identidad

La economía de plantación, particularmente la azucarera, ha sido, históricamente, el principal elemento unificador del Caribe. Alrededor del desarrollo de dicha economía, de la estructura de clases que ha generado y de los grupos étnicos que la han conformado, en el Caribe se fue desarrollando un complejo proceso de identidad cultural, con diferentes niveles y dimensiones. No cabe duda de que la aportación cultural africana abarca todas las esferas de la vida de los pueblos del Caribe. No se puede comprender ni explicar esta región en términos culturales si se hace abstracción de las raíces africanas (Mariñez, 1984 y 1985). Éstas se entremezclan con las aportaciones indígenas y europeas para darnos un sincretismo cultural propio de la región¹.

Sin embargo, la economía de plantación, aunque descansó fundamentalmente en la fuerza de trabajo esclava de origen africano,

conoció, no obstante, diferentes modelos de dominación colonial. Estos modelos se desarrollan y tienen importancia desde el punto de vista de la identidad cultural a partir de dos grandes etapas. La primera, considerada como una etapa de temprano auge azucarero, transcurre desde mediados del siglo XVII hasta finales del siglo XVIII; la segunda, de un tardío auge azucarero, se prolonga desde finales del siglo XVIII hasta el primer tercio del siglo XX. En ambas etapas, el Caribe quedó articulado, mediante diferentes modalidades, con el sistema capitalista, primero en su fase mercantilista, vía acumulación originaria, fundamentalmente a través del denominado tráfico triangular (Williams, 1973); posteriormente, en su fase de libre cambio y más tarde monopolista, desempeñando un destacado papel en sus modelos de acumulación. Las estructuras productivas y las relaciones de dependencia que se generan a lo largo de estas dos largas etapas, así como los niveles de identidad cultural y nacional que se forjaron en las mismas, hoy en día siguen desempeñando un importante papel en la búsqueda de esquemas de integración en la propia región y de articulación con los nuevos bloques económicos que se han comenzado a constituir.

No cabe duda de que la más intensa y profunda articulación del Caribe con el capitalismo europeo se produjo durante la primera etapa de auge azucarero. La expansión de la economía de plantación en los territorios que tuvieron un mayor esplendor azucarero agotó muy rápidamente sus fronteras agrícolas (véase Guerra, 1976) y los convirtió en países monoprodutores, volcados totalmente hacia el mercado externo, pero que, paradójicamente, tenían que importar de sus respectivas metrópolis los productos que requerían consumir. Tales fueron los casos, sobre todo, de las colonias inglesas, Barbados y Jamaica, y de las colonias francesas, Guadalupe, Martinica y Haití. Eric Williams, refiriéndose a las Antillas inglesas señala que “cada persona empleada en las plantaciones de azúcar era 130 veces más valiosa para Inglaterra que uno dentro del país”, para agregar que “la pequeña Barbados, con sus 166 millas cuadradas, era más valiosa para el capitalismo británico que Nueva Inglaterra, Nueva York y Pensilvania combinados” (Williams, 1973: 68-69). A su vez, la colonia francesa de Saint Domingue, que en 1788 superaba el comercio

exterior de Estados Unidos, reportaba para esa fecha más riqueza a Francia que toda la extraída por España del conjunto de sus colonias en el resto del continente. En 1789, cerca de dos tercios de los intereses comerciales extranjeros de Francia se hallaban concentrados en Saint Domingue. Esta colonia “proporcionaba a Francia más ventajas que lo que Inglaterra y todas las otras naciones comerciantes sacaron de sus posesiones de Asia, África y América reunidas” (Castor, 1978: 8). Saint Domingue, con sus 793 ingenios azucareros, producía la mitad de la producción mundial de azúcar (Castor, 1978: 8). Esta fabulosa producción se logró sobre la base del trabajo esclavo, sometido a la lógica y racionalidad de la acumulación capitalista. En 1790, el número de esclavos en las colonias francesas e inglesas era 2.200 por ciento mayor que el de las colonias españolas. Sólo Guadalupe, con sus 1.779 kilómetros cuadrados tenía cerca de tres veces más esclavos que todas las islas de posesión española.

Para esa misma fecha, en las colonias francesas, la proporción de esclavos y hombres libres era de catorce a uno; en las inglesas era de siete a uno; en las colonias españolas, en cambio, la proporción era a la inversa, de tres hombres libres por cada esclavo. Sin embargo, los modelos colonialistas franceses e ingleses se caracterizaban, paradójicamente, por el ausentismo de los esclavistas, a diferencia del modelo español en el que amos y esclavos compartían el mismo espacio colonial. Mientras ingleses y franceses sembraron cada palmo de sus colonias con plantaciones, es decir, con caña, ingenios, trapiches y esclavos, los españoles se preocuparon por construir templos religiosos. Mientras ingleses y franceses trasladaban a sus hijos a estudiar a sus respectivas metrópolis, sin crear sistema educativo alguno en sus colonias, los españoles fundaron universidades muy tempranamente, tales como la de Santo Domingo, en 1538; San Carlos de Guatemala, en 1676, y La Habana, Cuba, en 1728. La fundación de las primeras universidades de las colonias inglesas y francesas del Caribe data, en cambio, de mediados del siglo XX. Así, mientras en los territorios de colonización francesa e inglesa se desarrollaron lenguas créoles, como producto del sincretismo de las lenguas africanas y europeas, en los territorios

bajo dominio de España se impuso el español como lengua única, sin créoles.² De la misma manera, mientras en las colonias españolas el proceso de evangelización generó una serie de santos patrones, que de alguna manera quedarían estrechamente vinculados a los procesos de unidad nacional de cada uno de los países de la región, en las colonias francesas e inglesas, en cambio, los cultos sincréticos de origen africano alcanzaban cada vez mayor importancia³. En esta misma perspectiva, mientras España inundaba sus colonias de templos religiosos y palacios arquitectónicos diversos, ingleses y franceses, en cambio, apenas llevaron a sus colonias algunas construcciones prefabricadas, dejando a dichos territorios sin riqueza arquitectónica alguna, por lo menos en cuanto a templos y monumentos se refiere. Todos estos elementos, como se observará, fueron construyendo identidades culturales y nacionales diferentes, de una subregión a otra, dentro del mismo Caribe.

Cuando a finales del siglo XVIII, como producto del inicio de la revolución haitiana, culmina la primera etapa de auge azucarero, y se inicia una tardía etapa de auge en los países de colonización española, fundamentalmente en Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, los territorios de colonización inglesa y francesa fueron abandonados a su suerte, y experimentaron, posteriormente, una profunda crisis económica. Después de la abolición de la esclavitud en dichas colonias, se produjo un excedente de fuerza de trabajo que convirtió a esos territorios en polo de expulsión de su población. De este modo se inició uno de los ciclos migratorios intracaribeños más importantes de la región. Los países de un tardío auge azucarero se convirtieron en polo de atracción de la fuerza de trabajo de las antiguas ricas colonias francesas e inglesas. Los antillanos francófonos y anglófonos fueron a parar a Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, así como a algunos países centroamericanos, particularmente a Panamá y Costa Rica, donde se incorporaron en las plantaciones bananeras y en la construcción de los ferrocarriles y del Canal de Panamá (Meléndez y Quince, 1976; Lowe, 1976). No cabe duda de que este ciclo migratorio intra-caribeño contribuyó de una manera importante al desarrollo de los procesos de identidad cultural en la región, como Cuenca del Caribe, a pesar de que los países recepto-

res en su mayoría pusieron serios obstáculos para que los antillanos inmigrantes pudieran integrarse con facilidad en dichas sociedades.

Así como durante la primera etapa de auge azucarero los países del Caribe se articularon intensa y profundamente con el capitalismo europeo, en la etapa de un tardío auge azucarero, particularmente hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX, esta articulación se desplazó hacia Estados Unidos. El capital estadounidense pasó a controlar las principales plantaciones azucareras de Cuba, Puerto Rico y República Dominicana. Además de ello, estos países pasaron a ser consumidores por excelencia de productos importados de Estados Unidos, que desplazaron a los europeos. Paralelamente, los países de la región comenzaron a experimentar una mayor injerencia estadounidense, que abarcaba diferentes campos y esferas de acción, como la política, la militar y la cultural en general. Durante las primeras tres décadas, las tropas de Estados Unidos intervinieron, y realizaron prolongadas ocupaciones en varios países del área, cuyos ejércitos fueron desintegrados para conformarse nuevos ejércitos a imagen y semejanza de los intereses de Estados Unidos. Tales fueron los casos de Cuba, Haití, República Dominicana y Nicaragua. En todos ellos se crearon Guardias Nacionales, de donde surgirían o se apoyarían dictaduras como las de Fulgencio Batista, Rafael Leónidas Trujillo, Anastasio Somoza y Jean Claude Duvalier. Como resistencia a este proceso de injerencia, en la región se desarrollaron patrones culturales que tendrían diferentes manifestaciones. Uno de ellos fue, precisamente, el de la resistencia armada en grupos organizados, que en Haití se llamaron cacos y en la República Dominicana gavilleros (Suzy, 1971; Ducoudray, 1976).

En esta etapa de un tardío auge azucarero, cuando Estados Unidos desplaza a España de sus últimas posesiones en el Caribe, en algunos países de la región ya se comenzaba a desarrollar una sólida identidad cultural, y en otros, además, una identidad nacional que cristalizaría en la conformación de Estados nacionales, como los de Haití, Cuba y República Dominicana. Al margen de Haití —que es un país excepcional entre aquellos que tuvieron un temprano auge azucarero, ya que logra rápidamente su independencia y una sólida identidad cultural y nacional—, en el resto de los países de un tem-

prano auge azucarero, tanto en los de colonización francesa como en los de colonización inglesa e incluso holandesa, el desarrollo de la identidad nacional fue mucho más tardío, y la identidad cultural siguió un proceso de permanente búsqueda de referentes externos, en lo que a sus raíces se refiere. Tales son los casos de los movimientos de la negritud, el *garveysmo* y el *rastafarismo*, en los que el retorno a África es una constante, bien en un sentido metafórico, como búsqueda de las raíces histórico-culturales, o bien como un retorno físico, real, al continente africano⁴. Por otro lado, los procesos de colonización habían dado lugar al desarrollo de fronteras simbólicas del lenguaje. Estos procesos, además de las identidades culturales y nacionales, desarrollaron identidades culturales subregionales, delimitadas por la simbología del lenguaje. De ahí la existencia de un Caribe hispanoparlante, otro angloparlante, así como uno francoparlante y otro de lengua holandesa. Independientemente de tener estructuras agrícolas productivas similares y patrones culturales que desbordan las fronteras simbólicas del lenguaje, estos países del Caribe se encuentran balcanizados, tratando de desarrollar esquemas integracionistas que quedan atrapados en las redes de las identidades culturales subregionales, así como en las estructuras de comunicación que han desarrollado con sus diferentes metrópolis en el ámbito económico, político y cultural. Son estas redes, simbólicas o reales, las que los países del Caribe están llamados a superar si es que pretenden alcanzar una integración regional global, en tanto que Cuenca, que permita una mayor capacidad de negociación ante los retos y desafíos que presentan los nuevos bloques económicos.

2. Experiencia integracionista e identidad

El Caribe cuenta con una amplia y rica trayectoria integracionista, que no se puede dejar de lado, por lo menos en cuanto a sus objetivos, éxitos y limitaciones, si se pretende seguir impulsando esquemas de integración. Uno de los primigenios intentos en esta perspectiva es la denominada Federación Antillana de mediados del siglo XIX, cuando se desarrollaba la primera etapa de descolonización del

Caribe. El proyecto, que intentaba integrar a las Antillas Mayores (Cuba, Haití, República Dominicana, Puerto Rico y Jamaica),⁵ reunió a destacados líderes independentistas de la región, como Ramón Emeterio Betances, José Martí, José María de Hostos y Gregorio Luperón. Aunque dicho proyecto no se llegó a materializar, sin embargo, dejó algunas experiencias interesantes que se pueden sintetizar en los siguientes aspectos:

- a) Más allá de las miras económicas y de mercado, la Federación tenía un objetivo eminentemente político: defenderse de la expansión estadounidense, que ya en esa época amenazaba la independencia y soberanía de las emergentes naciones caribeñas (Betances, 1975). La misma consigna empleada por Betances, “Las Antillas para los antillanos”, no era más que una respuesta a las pretensiones de la Doctrina Monroe, “América para los americanos”.
- b) La Federación desbordaba las fronteras simbólicas del lenguaje, pues además de las Antillas de colonización española incluía al menos a Haití, y se proponía hacer lo mismo con Jamaica, de colonización inglesa (Rama, 1975: XVII). No se puede olvidar que Jamaica era un verdadero centro de operación de los patriotas cubanos durante la Guerra de los Diez Años. Kingston llegó a reunir una verdadera colonia de cubanos: entre ocho y diez mil (Repilado, 1983: 73).
- c) La Federación se inscribe dentro de los proyectos integracionistas que han surgido en función de los intereses de la región, y no al servicio de los centros metropolitanos de poder.
- d) El proyecto de Federación surge cuando en la región se empezaban a perfilar los procesos de identidad cultural, los de identidad nacional, e incluso los de identidad subregional. En 1804 se había producido la independencia de Haití; en 1844 la de República Dominicana; y en 1902 se producía la de Cuba. El proceso de descolonización se interrumpió con la irrupción estadounidense en el Caribe, a raíz de la Guerra Hispanoamericana de 1898, peligro que preveían los promotores de la Federación.

Alrededor de las décadas de 1920 y 1930, mientras Estados Unidos ocupaba militarmente algunos países de las Antillas Mayores, así como de América Central, en el resto del Caribe surgían los primeros movimientos significativos de búsqueda de una identidad cultural y nacional, como el *garveysmo* y la negritud. El retorno a sus respectivos países de los antillanos que participaron en la Primera Guerra Mundial contribuyó a la toma de conciencia social, racial e incluso nacional, así como al desarrollo de las primeras luchas gremiales en la región. Sin embargo, no es sino hasta la Segunda Guerra Mundial, sobre todo en el marco de la Guerra Fría, que se inicia una larga etapa de búsqueda de integración del Caribe, a partir de los centros metropolitanos, con el propósito de viabilizar y racionalizar la dominación colonialista en la región.

El primer intento se produce con la Comisión Angloamericana del Caribe (AACC. en sus siglas en Inglés) de 1942 a 1946 (López Coll, 1983), creada mediante acuerdo suscripto entre el gobierno de Estados Unidos y el de Inglaterra, en marzo de 1942. Su objetivo era geopolítico: la defensa de la región ante un eventual ataque submarino alemán. Año y medio antes, en septiembre de 1940, Estados Unidos había arrendado a Inglaterra, por 99 años, ocho bases navales y aéreas en diferentes territorios del Caribe (García, 1988). Paralelamente a estas actividades de carácter geoestratégico, en el marco de la Comisión fueron creados algunos organismos como el Consejo Caribeño de Investigaciones y la Conferencia de las Indias Occidentales, que tenían como propósito incidir preferentemente en aspectos económicos y sociales. Después de concluida la segunda Guerra Mundial, Estados Unidos e Inglaterra pierden interés en la Comisión, en cuanto tal, y deciden ampliarla, incorporando a Francia y Holanda.

El segundo intento se produce con la Comisión de los Cuatro Poderes de 1946 a 1961, integrada por Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Holanda. Esta nueva Comisión, enmarcada en el contexto de la guerra fría, tenía objetivos de carácter político, económico y social. El propósito era generar un cierto desarrollo económico y social de los países de la región (López Coll, 1983), inspirado en el modelo puertorriqueño, de inversiones de capital extranjero; a su vez,

se intentaba introducir modificaciones en el status político de los territorios bajo dominio colonial. En 1946 se crean los Departamentos Franceses de Ultramar, status político que permite una mayor integración y asimilación a la economía y la cultura francesas, aunque también una mayor autonomía interna. En las posesiones inglesas se produce un fenómeno similar, sobre todo con el desarrollo de una elite política llamada a asumir el gobierno interno de sus respectivos países. En Puerto Rico, después de un largo proceso iniciado en 1946, se instaura el Estado Libre Asociado, (ELA), en 1952. Ya para finales de la década de 1950, en el Caribe se habían desarrollado las condiciones adecuadas, en función de los intereses metropolitanos, para que se trataran de impulsar verdaderos procesos de integración de los países bajo el dominio colonial.

El tercer intento se produce con la Federación de las Indias Occidentales, de 1958 a 1962, que se proponía integrar a diez países de la región, todos de colonización inglesa. Siguiendo el modelo político anglosajón, la Federación contaría con un Gobernador General y un Parlamento integrado por representantes de cada uno de los países federados. Esta integración giraba en torno a los siguientes aspectos: unión aduanera, unidad monetaria, políticas fiscales y de inversión, y libre inmigración de la fuerza de trabajo. Sin embargo, en tanto que este proyecto no había surgido como producto de una toma de conciencia subregional, los intereses nacionales, o simplemente locales, se interpusieron a los regionales. Cada país se oponía a ceder en los aspectos en los cuales consideraba que tenía ventajas relativas. El fenómeno se produjo particularmente con los países de mayor extensión y riqueza, como Jamaica y Trinidad y Tobago. Dichos países más bien estaban interesados en proclamar su independencia. Ante la negativa de Jamaica a formar parte de la Federación, y en el entendido de que ésta quedaría conformada por diez países, Eric Williams —quien también cuestionaba la integración, al menos dentro de la modalidad en que estaba planteada— acuñó su célebre y lapidaria frase de “Diez menos uno, igual a cero”, con lo que dejaba bien claro que la integración no era posible si uno de los diez países se oponía a la misma, como en efecto ocurrió. Los intentos posteriores de Inglaterra por formar una Federación de los ocho

países restantes fueron infructuosos. La identidad y los intereses nacionales habían comenzado a emerger, para iniciarse la segunda etapa del proceso de descolonización en el Caribe. Sin embargo, antes que este proceso se iniciara, se pondría en práctica un nuevo intento integracionista, en este caso encabezado por las cuatro potencias metropolitanas con intereses en la región.

El cuarto intento se produce de 1961 a 1965, con la Organización del Caribe, que incluía a casi todos los países del área bajo dominación colonial. Sin embargo, el propósito de esta nueva organización era fundamentalmente de carácter geopolítico, en tanto que había triunfado la revolución cubana, y se intentaba evitar su influencia en la región. Por ello, no es extraño que justamente alrededor de esos años se intensificaran las injerencias y agresiones estadounidenses en el Caribe, entre las que se destacan la invasión militar de Bahía de Cochinos o Playa Girón, contra Cuba, en 1961; y la ocupación armada de la República Dominicana, en 1965. Objetivos similares a los de la Organización del Caribe se propuso la Corporación de Desarrollo Económico del Caribe (CODECA), de 1965 a 1969 (López Coll, 1983).

Desde principios de la década de 1960, en el Caribe se inauguró una nueva etapa, tanto en lo geopolítico como en el desarrollo de sus procesos internos. La identidad nacional, y con ella la lucha anticolonialista, creció cada vez más en la mayor parte de la región. La revolución cubana, al declararse socialista, trasladó la Guerra Fría, con toda su intensidad, hasta las fronteras del Caribe. Los intentos de una integración regional al servicio de los intereses metropolitanos se hicieron cada vez más difíciles de impulsar. Se abría paso, así, la búsqueda de esquemas de integración que respondieran a los intereses del área. Sin embargo, esta búsqueda tuvo un trasfondo histórico de balcanización, en sociedades que en lo político, en lo económico y en el sistema de comunicación habían sido modeladas a imagen y en función de los intereses de sus respectivas metrópolis. Con estas limitaciones, pero además con el agravante de tener que enfrentarse con los intereses nacionales de cada país, y aun con los subregionales, se iniciaba una nueva etapa en la experiencia integracionista del área.

Esta experiencia conoce dos grandes proyectos: el primero fue la Asociación de Libre Comercio del Caribe (Caribbean Free Trade Association - CARIFTA) existente entre 1968 y 1973; el segundo, la Comunidad del Caribe (Caribbean Community - CARICOM), fundada en 1974. Ambos esquemas agrupan apenas a los países pertenecientes a una subregión del Caribe, el de colonización inglesa. Sin embargo, tanto CARIFTA como CARICOM se conforman sobre la base de una cierta unidad lograda en términos de identidad cultural, política e histórica en general, que durante siglos había sido modelada por su metrópoli, Inglaterra. Ambos esquemas de integración, no obstante estar marcados por un cierto nacionalismo y anticolonialismo, fueron desarrollados, paradójicamente, por una mayoría de países que no habían logrado su independencia. Aun en la actualidad, CARICOM cuenta al menos con dos de sus países miembros, Montserrat y Anguilla, que continúan bajo el status colonial de Inglaterra. A pesar de los intentos que se han realizado a partir de fines de la década de 1990, a las relaciones que CARICOM mantenía con países como Venezuela, Colombia y México, no se logró que este esquema integracionista —que por lo demás era el más sólido, avanzado y de mayores éxitos en la región— desbordase las fronteras simbólicas del lenguaje y, por lo tanto, la identidad subregional, para incorporar como miembros a países pertenecientes a otras identidades culturales de la región. Apenas se logró que países como la República Dominicana, Surinam y Haití, por ejemplo, sean aceptados en calidad de observadores. Esto se modificó en 1995 cuando Surinam fue aceptado como el primer miembro no angloparlante de la CARICOM. Posteriormente, en 2002, Haití también se incorporó como miembro de este bloque regional.

La CARIFTA, como su propio nombre lo indica, centró sus objetivos en la creación de una zona de libre comercio, con miras a promover el comercio interregional, y así impulsar el desarrollo económico de los países del área. Con tales fines, las barreras arancelarias fueron eliminadas de una manera gradual: primero entre los países de un mayor grado de desarrollo relativo; posteriormente, en los más pequeños y menos desarrollados.

A pesar de algunas dificultades que tuvo que enfrentar este esquema integracionista, sus metas fueron alcanzadas. Así, los países miembros decidieron conformar la CARICOM, un nuevo esquema de integración más avanzado, que no se limita a las cuestiones de mercado, sino que incorpora otras medidas que permiten alcanzar un cierto desarrollo económico, poniendo énfasis en la industria, la agropecuaria, la comunicación y los servicios y, además, en la creación de instituciones colaterales como el Banco de Desarrollo del Caribe (CARIBANK).

En su ya relativa larga trayectoria, CARICOM ha tenido que enfrentar serias dificultades tanto de carácter interno como externo. Las primeras fundamentalmente de orden político, sobre todo a principios de la década de 1980, cuando se polarizó la posición de sus miembros, entre regímenes conservadores y gobiernos que, como los de Trinidad y Tobago y Guyana, trataban de impulsar la autodeterminación a partir de experimentar nuevos modelos de desarrollo. El triunfo de la revolución en Granada, en 1979, bajo el *Movement New Jewel*, liderado por Maurice Bishop, radicalizó las posiciones políticas en el Caribe anglófono. Con posterioridad, la ocupación estadounidense de Granada, en 1983, fue el factor externo que atentó más seriamente contra la existencia de la CARICOM, al grado de vaticinarse su desaparición.

Por fortuna, la crisis pudo ser superada y en los últimos años de la década de los años ochenta, la CARICOM ha intentado fortalecerse, sobre todo a la luz de las posibles implicaciones que tendría para la región la conformación de nuevos bloques económicos, como la Comunidad Europea y el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, México y Canadá. En 1989, en la Cumbre de Jefes de Gobierno realizada en Grand Anse, Granada, se acordó convertir a la CARICOM en un mercado único y economía única. También en Grand Anse se creó la *West Indian Commission*, que se encargaría de evaluar el estado de la integración caribeña y presentar propuestas para avanzar y profundizar el proceso. En 1992, la *West Indian Commission* presentó su informe final *Time for Action*, un documento que se convertiría en uno de los pilares de la nueva visión regional que comienza a ser aceptada en la CARICOM. Aunque se presenta

una serie de propuestas a profundizar, la integración en los ámbitos económico e institucional, un elemento crucial del informe fue su recomendación de ampliar la CARICOM para incluir a países que no eran parte del espacio “indio occidental”. Esto explica la posterior aceptación de Surinam y Haití como miembros de la CARICOM y el posterior papel que este bloque regional desempeñó en la creación de la Asociación de Estados del Caribe (AEC).

La CARICOM ha tenido que enfrentarse a las transformaciones y mutaciones de identidad que en décadas recientes ha experimentado el Caribe angloparlante. Estos cambios, tanto de orden cultural como nacional, si bien es cierto que contribuyeron al desarrollo y la consolidación de la CARICOM, en cambio, han dificultado la incorporación de países pertenecientes a otras identidades culturales, y por lo tanto limitaron la expansión del esquema integracionista, que de otro modo se hubiera convertido en una fuerza con mayor capacidad de negociación ante los nuevos bloques económicos en emergencia. A partir de la aprobación de *Time for Action* y la participación de la CARICOM en la creación de la AEC, se comienza a producir un proceso de construcción de una nueva identidad caribeña, que como se analiza brevemente en la siguiente sección de este capítulo, es un proceso embrionario y complejo, pero no por ello poco importante.

La creación, en 1994, de la Asociación de Estados del Caribe (AEC) marcó el inicio de esta nueva etapa en la lógica de la integración de la región. A pesar de sus limitaciones como instancia regional, se debe reconocer que la AEC recoge la idea de crear una instancia regional caribeña que incluya a todos los países de la zona (Caribe angloparlante, Caribe hispano, Departamentos de Ultramar (DOM) franceses, países centroamericanos bañados por aguas caribeñas y Colombia, Venezuela y México). Ciertamente, la AEC no ha sustituido los espacios regionales de integración como la CARICOM o el Sistema de Integración Centroamericano (SICA). Tampoco ha tenido el protagonismo que se esperaba en la política y economía regional. No obstante, ese ha sido un paso en el proceso de construcción de un nuevo concepto de región en el Caribe (Giacalone, 1995).

3. Situación actual y perspectivas

En las últimas décadas, al margen de los cambios geopolíticos ocurridos en la región, el Caribe ha asistido a un profundo cambio de modelo de acumulación económico (Mariñez, 1987), que obliga a los países del área a proponer nuevos enfoques con miras a impulsar sus esquemas de integración. La economía de plantación, sobre todo azucarera y bananera, aunque todavía desempeña un papel importante en varios países de la región, es desplazada, cada vez más, por nuevas actividades económicas, entre las que se destacan el turismo, las financieras y la industria maquiladora. En el sector agropecuario se comenzó a producir, desde la década de los años noventa, una sustitución del cultivo de productos tradicionales de exportación (caña de azúcar, café, cacao, tabaco, etcétera) por cultivos no tradicionales, como frutas y legumbres, con perspectivas de una mayor demanda en el mercado estadounidense. Estos últimos cambios fueron estimulados, al menos en parte, por la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC), impulsada desde principios del decenio de 1980 por la administración de Ronald Reagan. La ICC, que generó gran expectativa entre gobernantes y hombres de empresa de la región, parece haber sido relegada a un plano secundario; en tanto, las críticas a la ICC no se han hecho esperar. Este aspecto se analiza con detalle en este capítulo.

El avance del modelo económico neoliberal en la región no ha estado exento, a su vez, de serios conflictos al interior del mismo sector empresarial caribeño. Una parte de éste se opone a dicho modelo, al considerar que la apertura del mercado y la eliminación de incentivos fiscales y facilidades crediticias del Estado a las industrias locales pondrían en una desigual competencia a las industrias locales con las transnacionales. La introducción de mercancías de estas últimas, eventualmente de mayor calidad y de precio más bajo, beneficiaría a los consumidores locales y obligaría a los productores nacionales a hacerse competitivos (Mariñez, 1982; Ducoudray, 1976). Mientras estos conflictos se desarrollan, la tendencia previsible es la de una desnacionalización de la producción manufacturera e industrial de los países de la región, remplazada por el capital transnacional,

que tiene mayor capacidad competitiva. A su vez, otra tendencia previsible es la de un desplazamiento de los hombres de empresa hacia actividades comerciales, particularmente como importadores, o hacia sectores financieros y de servicios.

Esta reestructuración de los modelos económicos de acumulación lleva aparejada otra implicación social de importancia no menor. Nos referimos al proceso migratorio que se ha generado hacia los nuevos bloques económicos, como consecuencia del incremento de las tasas de desempleo en los países de la región, enmarcados dentro de la economía de globalización que se ha comenzado a impulsar. Este flujo migratorio presenta, al menos, algunas características significativas. La primera es de orden económico. Se refiere al peso cada vez mayor que comienzan a tener las remesas enviadas por los emigrantes en las economías de los países del área. Estas remesas, si no son canalizadas por las instituciones correspondientes, podrían generar efectos nocivos no deseados, tanto desde el punto de vista económico como desde el cultural. Una segunda característica es precisamente, de orden cultural. Este ciclo emigratorio, que ha alcanzado proporciones alarmantes en algunos casos, está llamado a desarrollar nuevas transformaciones y mutaciones de identidades culturales en el Caribe, de significación todavía imprevisible. Por el momento, se comienza a destacar un estrato social de caribeños con patrones culturales que no corresponden necesariamente a los del país de origen ni tampoco, por supuesto, a los del país o metrópoli donde residen. Los dominicanos y puertorriqueños hasta ahora han sabido identificar dicho estrato como *dominican yorks* y *newyork-ricans*, que se presentan a los ojos de sus países como símbolo del progreso y la modernización a la que no pocos dejan de aspirar. Para alcanzarla, sin embargo, se debe abandonar el país de origen y convertirse en un emigrante más, en tanto que aquél no ofrece las condiciones adecuadas para que el conjunto de su población pueda concretar sus aspiraciones. A su vez, este fenómeno emigratorio se ve entorpecido por las barreras interpuestas por los centros y bloques económicos a los países de la periferia, en contradicción con el espíritu de la economía de la globalización y del libre flujo de mercancías, donde a la fuerza de trabajo por lo visto no se la

considera una mercancía más. Además de ello, el flujo emigratorio ha comenzado a ser interferido por las olas de xenofobia y racismo que comenzaron a manifestarse en Europa y Estados Unidos. Si tenemos en cuenta que gran parte de los antillanos que residen en Europa tienen la ciudadanía de sus respectivas metrópolis o ex metrópolis —por lo que no se les puede prohibir su ingreso ni tampoco que trabajen—, se comprenderá que dichas manifestaciones adquieren una significación muy particular para la región del Caribe.

En este contexto de economía de globalización y libre mercado, al margen de la trayectoria integracionista que tiene el Caribe, los países del área han sufrido los efectos de la conformación o consolidación de macro-bloques económicos, que ha alterado las relaciones que tradicionalmente han mantenido al menos con algunos de los países que integran dichos bloques. Tales son los casos de la Comunidad Europea (CE), Unión Europea (UE) después de la firma del Tratado de Maastricht en 1992, y el TLCAN. En el primer caso, la creación del mercado único europeo en 1992 y las sucesivas ampliaciones de la UE, ha tenido implicaciones directas al menos en la mayor parte del Caribe, tanto en los países que continúan bajo dominación colonial de Inglaterra, Francia y Holanda, con status políticos diferentes, como en algunos de los que alcanzaron recientemente su independencia y que aún no han roto el cordón umbilical, recibiendo trato preferencial en la exportación de productos agropecuarios.

Estos tratamientos preferenciales bilaterales fueron concedidos a estos países en el marco de los Acuerdos de Lomé que, desde 1976, la CE había suscrito con sus antiguas colonias del África, el Caribe y el Pacífico (países ACP). La profundización de la integración europea y los compromisos contraídos en el marco de las negociaciones multilaterales del Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT) y su sustituto la Organización Mundial del Comercio (OMC), ha significado el inicio del fin de estas preferencias. Esto se materializó en la firma del Tratado de Cotonou, en 2000. En este acuerdo, se previó que la UE solicitaría a la OMC una derogatoria que le permitiera mantener las preferencias comerciales hasta el año 2008. Mientras tanto, la CARICOM y la UE iniciarían a partir de 2002 negociaciones de un acuerdo de asociación económica entre ambos grupos.

Estas negociaciones se iniciarían en 2004 para el caso de los países menos desarrollados de la región. Estos acuerdos de Asociación debían entrar en vigencia en 2008. En ellos se ponía fin definitivo a la no reciprocidad de los Acuerdos de Lomé. Si los países caribeños más avanzados de la región no suscribían un acuerdo de asociación, pasarían a ser incluidos en el Sistema Generalizado de Preferencias, mientras que los países más pequeños que no firmasen tales acuerdos, conservarían sus preferencias hasta el 2018. No obstante, entre 2018 y 2020, todos los países de la región (y en general los ACP) deberían firmar acuerdos de libre comercio con la UE (véase Acuerdo de Cotonou, parte III, Título II, capítulo 2). Ciertamente, el Acuerdo de Cotonou significó un cambio en las relaciones del Caribe con la UE. El 15 de octubre de 2008, se suscribió el previsto Acuerdo de Asociación Económica entre la UE y los países del Caribe (tanto los miembros de CARICOM, como Cuba y República Dominicana, todos agrupados en el CARIFOUM)

En el segundo caso, el del TLCAN, los temores existieron desde que se iniciaron las negociaciones entre Canadá, Estados Unidos y México. Se partía de la perspectiva que en no pocos casos México se interpondría como un competidor que desplazaría a algunos países del área, en términos de inversión de capital de Estados Unidos, así como en el comercio de una serie de productos agropecuarios, manufactureros e industrializados que son exportados a Norteamérica. En este sentido, el embajador dominicano en Estados Unidos, José del Carmen Ariza (1992), expresaba que para que la República Dominicana no fuera perjudicada por el TLCAN, el gobierno dominicano había solicitado

Ante los gobiernos de los Estados Unidos y México a través de nuestra Embajada en Washington, en gestión conjunta con los embajadores de los países de Centroamérica y el Caribe, que los beneficios que confiera el NAFTA⁶ a este último país hermano sean simultáneamente transferidos al país y a los países de la CBERA⁷ para impedir que las inversiones existentes dejen de ser atractivas a sus dueños y sean mudadas a México para participar en el TLCAN.

Se podría decir que este es el temor generalizado que existe en el Caribe ante el Tratado, y que fue expresado en diferentes momen-

tos, tanto por académicos como por representantes de los gobiernos de varios países de la región, al menos en su momento.

La firma del TLCAN, el acuerdo del libre comercio con América Central y República Dominicana (conocido por sus siglas en inglés como CAFTA) y luego de otros tratados bilaterales de libre comercio con varios países de América Latina, afectaron la efectividad de las preferencias dadas a los países del Caribe en el marco de la ICC. El régimen de arancel cero previsto en estos acuerdos comerciales eliminó el acceso preferencial para los productos caribeños, que ahora deben competir en igualdad de condiciones con sus contrapartes mexicana, centroamericana o de otros países latinoamericanos. Además, los TLC son acuerdos internacionales en los cuales se establece de forma permanente un ingreso preferencial al mercado de Estados Unidos, mientras que la ICC continua siendo una preferencia unilateral de este país, aprobada por el Congreso y sujeta a los vaivenes políticos que sucedan en él.

Por esto, desde el inicio del proceso de integración en América del Norte, los países de la ICC comenzaron a reclamar la denominada “Paridad TLCAN”, como el mecanismo para defender las preferencias arancelarias. Durante varios años los países de la ICC promovieron un lobby solicitando esta paridad, estableciendo alianzas incluso con miembros del Congreso del Estado de Florida. A partir de 1994, se presentaron iniciativas legislativas como el *HR Caribbean Free Trade Act (1994)*, *Caribbean Basin Trade Security Act H R 533(1995)*, *la Caribbean Partnership Act (1997)* y *la US Caribbean Enhancement Act (1997)* y *la Caribbean Basin Initiative Trade Enhancement (1998)*. Ninguna de estas iniciativas fue finalmente aprobada (véase: Lewis, 1994; Nogueira, 1997; Tirado de Alonso, 1998; Briceño Ruiz, 2003).

La tan solicitada “paridad TLCAN” fue finalmente aprobada en el año 2000 en la Ley de Asociación Comercial entre Estados Unidos y la Cuenca del Caribe. Sin embargo, la vigencia de esta legislación se preveía hasta 2008, y se proponía iniciar negociaciones de acuerdos del libre comercio entre los países beneficiarios de la nueva legislación y Estados Unidos (véase León y Salazar, 2001). Los países centroamericanos y la República Dominicana iniciaron en 2001 negocia-

ciones con Estados Unidos para suscribir un acuerdo de libre comercio, proceso que culminó en 2003 con la firma del CAFTA (véase Lizano, 2003). No obstante, los países caribeños beneficiarios de la ICC no han logrado suscribir un acuerdo similar con Estados Unidos, lo que implica que el proceso de deterioro del acceso de sus productos al mercado de este país se mantiene.

Sin embargo, en cualquiera de los casos de los dos bloques económicos antes señalados, e independientemente de cuán acertados sean los temores expresados, lo cierto es que las repercusiones que ellos tendrán no se limitarán sólo a una subregión, sino al conjunto del Caribe como Cuenca. De ahí la necesidad, que entendemos existe, de que en términos de esquemas de integración, el Caribe desborde las fronteras simbólicas del lenguaje, las que generan las diferentes identidades culturales subregionales, para que se pueda constituir un bloque económico caribeño con capacidad suficiente para negociar sus relaciones con los bloques que se están conformando. Éste fue un aspecto destacado en la década de los años noventa, cuando se promovieron una serie de iniciativas para establecer un proceso de integración que abarcase a todos los países ubicados en la gran Cuenca del Caribe, más allá de la diversas tradiciones etno-históricoculturales existentes en la región. Fue entonces intenso el debate sobre el desarrollo de un nuevo regionalismo caribeño o de un proceso de regionalización de toda la Cuenca del Caribe (véase Serbin, 1994, Giacalone, 1995, Briceño Ruiz, 1998, Mariñez, 2007).

Por otra parte, consideramos que el Caribe tendrá que superar su posición defensiva, en términos de esquemas integracionistas, para asumir una posición ofensiva, es decir, elaborar esquemas que sean producto de las condiciones propias de la región, que respondan a sus intereses, y que no sólo traten de ser respuestas a los bloques económicos que se conforman, y mucho menos que se limiten a ser simples apéndices de ellos. En tercero y último lugar, las premisas antes expuestas adquieren mayor significación si tomamos en consideración que toda la reestructuración que se está produciendo a nivel mundial corresponde a la posguerra fría (que en el Caribe no parece haber llegado a su fin, por lo menos si se analiza la región a partir de la posición de Estados Unidos con Cuba), a la rup-

tura del mundo de la bipolaridad, a la desintegración de la Unión Soviética, con el creciente unipolarismo estadounidense y, posteriormente, los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001.

En este contexto, Estados Unidos, que alrededor de la década de 1980 se propuso y logró recuperar la hegemonía en el Caribe, no parece tener el mismo interés en la región, en términos geopolíticos, que había tenido a lo largo de toda la época de la Guerra Fría. Si se revisa con detenimiento el Documento de Santa Fe I, publicado a inicios de la administración Reagan, se podrá comprobar que exceptuando el caso cubano, todos los objetivos propuestos por los estrategias estadounidenses para recuperar el dominio hegemónico del Caribe fueron cumplidos. Este posible desinterés político se podría expresar en términos de inversiones de capital y, sobre todo, de ayuda económica, aún más si consideramos que Estados Unidos tiene una indiscutible hegemonía militar a nivel mundial, pero no necesariamente una hegemonía económica. No son pocos los casos de gobernantes de la región que en las últimas décadas se han quedado esperando el cumplimiento de la ayuda económica estadounidense que no ha llegado jamás, al menos en la cantidad esperada. En dicho contexto, se hace mucho más urgente el diseño de proyectos económicos alternativos que respondan a los intereses de la región, así como el abandono del “síndrome de la mendicidad-patrocinio” de que nos hablaba el primer ministro de Barbados, Errol Barrow (1987), sufrido por no pocos gobernantes de la región.

Notas

- 1 Existe, por supuesto, un importante componente étnico procedente de la India que se radicó, fundamentalmente, en países como Guyana, Trinidad y Tobago, Surinam, y en menor proporción en Jamaica y Belice.
- 2 Ello no quiere decir que no existan africanismos en el castellano de estos países, como lo han demostrado diversos autores en varios estudios. Germán de Granda (1988), sin embargo, plantea la existencia de lenguas criollas en el español de Colombia.
- 3 Tampoco se trata de plantear que no existan cultos sincréticos afrocaribeños en los países de colonización española; claro que los hay, pero quizá subordinados a la religión católica, como religión oficial y mayoritaria.

- 4 El *garveysmo* se propuso el retorno, por lo menos en cierto momento de su desarrollo, de los caribeños a África, a través de la Línea Marítima Estrella Negra (Black Star Shipping Line); sin embargo, con posterioridad el *garveysmo* se destacó más en su perspectiva de toma de conciencia nacionalista. Véase Lewis, Rupert, 1983.
- 5 Carlos M. Rama, en el prólogo al libro de Ramón Emeterio Betances, *Las Antillas para los antillanos*, señala que cuando en 1862, Betances se entrevista en Londres con el “Primer Ministro inglés Lord Gladstone, le propone incluir también a Jamaica en la proyectada Confederación de las Antillas. El gobierno inglés concede dos años más tarde (1884) un estatuto a esa isla”.
- 6 Siglas en inglés del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).
- 7 En inglés de la Ley de recuperación Económica de la Cuenca del Caribe.

Referencias

Acuerdo de Cotonou. Disponible en línea. <http://www.acpsec.org/en/conventions/cotonou/accord1.htm> (consulta: 20 de abril de 2009).

Ariza, José del Carmen (1992). Discurso pronunciado por el embajador dominicano en Estados Unidos en la Cámara Americana de Comercio de la República Dominicana, el 1 de julio. *Listín Diario*, 2 de julio de 1992. pp. 14.

Barrow, Errol W. (1987). Discurso ante la Conferencia Anual sobre Inversiones de la Cuenca del Caribe, celebrada en Miami, Florida, el 20 de noviembre de 1987. *El Caribe Contemporáneo*, no. 14, México, pp. 94-98.

Betances, Ramón Emeterio (1975). *Las Antillas para los antillanos*. San Juan, Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña.

Briceño Ruiz, José (1998). Regionalismo y regionalización en la Cuenca del Caribe: Un análisis crítico desde la perspectiva de la identidad. *Tierra Firme*, no. 65, año 16, pp. 433-452.

Briceño Ruiz, José (2003). El nuevo regionalismo caribeño y el proceso de integración en las Américas. *Estudios Latinoamericanos*, nueva época, año X, no, 20, julio – diciembre, pp. 93-109.

Castor, Suzy (1971). *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias (1915-1934)*. México, Siglo XXI.

Castor, Suzy (1978). *La estructura agraria post-esclavista en Saint Domingue. Cuaderno del CELA*, no. 29, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, número temático, pp. 1-56.

Dauhajre, Andrés (Hijo) (1991). Manifiestos de los neoliberales dominicanos. *El Siglo*, Santo Domingo, República Dominicana, 1º de noviembre, pp. 68.

De Granda, Germán (1988). *Lingüística e historia. Temas afro-hispánicos*. Valladolid, España, Universidad de Valladolid.

Ducoudray, Feliz Servio (1976). *Los Gavilleros del este. Una epopeya calumniada*. República Dominicana, Universidad Autónoma de Santo Domingo.

García, Humberto (1988). *La estrategia de Estados Unidos y la militarización del Caribe*. San Juan: Instituto de Estudios del Caribe, Universidad de Puerto Rico.

Guerra, Ramiro (1976). *Azúcar y población de las Antillas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Gialcalone, Rita (1995). La Asociación de Estados del Caribe: una institución para un proyecto político de región. *Mundo Nuevo*, vol. XVIII, no. 1, enero-marzo, Caracas, pp. 51-72.

León, René y José Manuel Salazar Xirinachs (2001). La nueva iniciativa de la Cuenca del Caribe. *Integración y Comercio*, no. XIII, enero-abril, Buenos Aires, pp. 119-133.

Lewis, Rupert (1983). El nacionalismo anticolonial de Garvey. *El Caribe contemporáneo*, no. 7, México, pp. 99-112.

Lewis, David (1994). Los acuerdos regionales de libre comercio y el Caribe: retos y oportunidades del Tratado de Libre Comercio Norteamericano. En Serbin, Andrés y Joseph Tulchin (eds.). *El Caribe y Cuba en la postguerra Fría*. Caracas, Nueva Sociedad, pp. 115-170.

Lizano, Eduardo y Anabel González (2001). *El Tratado de Libre Comercio entre el istmo centroamericano y los Estados Unidos de América –oportunidades, desafíos y riesgos*, Documento de Divulgación, no. 9, marzo.

López Coll, Armando (1983). *La colaboración y la integración económica en el Caribe*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Lowe Ocran, Melva (1976). El idioma Inglés y la integración social de los panameños de origen afro-antillano al carácter nacional panameño. *Revista Nacional de Cultura*. no. 5, octubre-diciembre, Panamá, pp. 22-43.

- Mariñez, Pablo (1982). República Dominicana. El debate neoliberal. *El Día latinoamericano*, no. 87, 13 de julio, pp. 3.
- Mariñez, Pablo (1984). África en el Caribe: la búsqueda de una estrecha relación histórico-cultural. *Del Caribe*, no. 5, Santiago de Cuba, pp. 58-63.
- Mariñez, Pablo (1985). ¿Es lo cultural la única gran aportación de África en el Caribe?. *Homines*, vol. 9, no. 1 y 2, San Juan, Puerto Rico, pp. 176-181.
- Mariñez, Pablo (1987). Crisis económica y nuevas alternativas políticas en el Caribe. *Economía de América Latina*, no. 16, México, pp. 117-124.
- Mariñez, Pablo (2007). *El Gran Caribe ante los cambios internacionales y la política exterior dominicana*. Santo Domingo, FUGLODE.
- Meléndez, Carlos y Quince, Duncan (1976) *El negro en Costa Rica*. San José, Editorial Costa Rica.
- Nogueira, Uziel (1997). *Integration Movement in the Caribbean at the Crossroad. Towards a New Approach to Integration*. Buenos Aires: INTAL, Working Paper Series, no. 1, April.
- Rama, Carlos (1975). *Prólogo al libro de Ramón Emeterio Batances, Las Antillas para los antillanos*. San Juan, Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- Repilado, Ricardo (1983). Los Céspedes en el exilio en Kingston. *Del Caribe*, no. 1, , julio-septiembre, Santiago de Cuba, pp. 72-86.
- Serbin, Andrés (1994). ¿Una reconfiguración de la Cuenca del Caribe? *Nueva Sociedad*, no. 133, septiembre-octubre, pp. 19-25.
- Tirado de Alonso, Irma (1998). *US Caribbean Trade Relations. Ponencia presentada en la 73 conferencia anual de la Western Economic Association*. Lake Tahoe, Nevada, 29 de junio. Disponible en línea: <http://www.americasnet.net/indexdocs/eng/2453.htm>
- Williams, Eric (1973). *Capitalismo y esclavitud*. Buenos Aires, Siglo XXI.